



CLARICE
LISPECTOR

La ciudad
sitiada

Siruela

Edición en formato digital: septiembre de 2016

Título original: *A cidade sitiada*

En cubierta: fotografía de © Paolo Gurgel Valente

y contraportada: fotografía de Clarice Lispector, de Paolo Gurgel Valente

Diseño gráfico: Ediciones Siruela

© Clarice Lispector y Herederos de Clarice Lispector, 1949

© De la traducción, Elena Losada

© Ediciones Siruela, S. A., 2006, 2016

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-16854-55-4

Conversión a formato digital: María Beloso

Índice

1. La colina del pasto
2. El ciudadano
3. La cacería
4. La estatua pública
5. En el jardín
6. Esbozo de la ciudad
7. La alianza con el forastero
8. La traición
9. El tesoro expuesto
10. El maíz en el campo
11. Los primeros desertores
12. Fin de la construcción: el viaducto

*En el cielo aprender es ver;
En la tierra es acordarse.*

PÍNDARO

1

La colina del pasto

—Las once —dijo el teniente Felipe.

Apenas terminó de hablar cuando el reloj de la iglesia tocó la primera campanada, dorada, solemne. El pueblo pareció oír por un instante el espacio... el estandarte en la mano de un ángel se inmovilizó, estremeciéndose. Pero de repente los fuegos artificiales subieron y estallaron entre las campanadas. La multitud, espabilada del sueño rápido al que había sucumbido, se movió bruscamente y de nuevo reventaron los gritos en el carrusel.

Sobre las cabezas las linternas se empañaban haciendo temblar la visión; los bazares se arqueaban goteando. Cuando Felipe y Lucrécia alcanzaron la noria, la campana sacudió la noche llenando de emoción la fiesta religiosa; el movimiento de la multitud se volvió más ansioso y más libre. La población había acudido para celebrar el santo del barrio y, en la oscuridad, el atrio de la iglesia resplandecía. Mezclándose con la pólvora quemada la grosella hacía levantar los rostros con náusea y ofuscación. Las caras aparecían y desaparecían. Lucrécia se encontró tan cerca de una que esta le sonrió. Era difícil percibir que sonreía a alguien perdido en la sombra. También la joven fingió hablar con Felipe mirando, sin embargo, a un desconocido a los ojos que la claridad de

una farola llenaba: ¡Qué noche!, dijo ella al extraño, y las dos caras vacilaron; el carrusel iluminaba el aire en remolinos, las luces caían trémulas... Si sucediese algo extraordinario por fin en el barrio, eso irrumpiría en el ámbito del quiosco de música donde los niños se perdían y gritar sería un grito más. El atrio de la iglesia era frágil. Y crepitaba como las castañas en la hoguera. Soñolientas, obstinadas, las personas se empujaban a codazos hasta formar parte del círculo silencioso que se había formado en torno a las llamas.

Una vez junto al fuego, se paraban y espiaban acaloradas.

Las llamas destacaban los gestos, las enormes cabezas se movían mecánicas, suaves. Algunos componentes de la procesión de la tarde, todavía con los ajustados hábitos de seda, se mezclaban con los espectadores. Coronada de papel, una niña insomne sacudía sus tirabuzones; era sábado por la noche. Bajo el sombrero el rostro mal iluminado de Lucrecia tan pronto parecía delicado como monstruoso. Ella espiaba. La cara tenía una atención dulce, sin malicia, los ojos oscuros espiando las mutaciones del fuego, el sombrero con la flor.

Fue de nuevo arrastrada por Felipe, ambos seguían ahora una dirección desconocida a través de la gente, empujando, a tientas. Lucrecia sonreía con satisfacción. Su rostro quería avanzar pero su cuerpo casi no podía moverse porque la fiesta se había comprimido de repente, traspasada por una contracción inicial lejana. Intentó liberar al menos una de las manos y enderezarse el sombrero que, torcido hasta el ojo, daba a la cara alegre una expresión de desastre. Pero Felipe la sujetaba por el codo protegiéndola y riendo...

El teniente había levantado su cabeza sobre las otras y reía al cielo.

La joven soportaba mal esa risa libre que era un desprecio del forastero hacia la pobre fiesta de S. Geraldo. Aunque ella misma no consiguiese sentirse en el centro del regocijo que tan pronto parecía estallar en el silencio del fuego como proyectarse en los giros de los caballitos, aunque buscase con el rostro el lugar de donde brotaba el placer. ¿Dónde estaría el centro de un pueblo? Felipe llevaba uniforme. Con el pretexto de apoyarse, la muchacha pasaba los dedos por los gruesos botones, ciega, atenta. De repente se encontraron fuera de la fiesta.

Estaban en el vacío casi oscuro, porque la gente se comprimía en la zona del kiosco como dentro de un círculo demarcado. Desde fuera era realmente extraño espiar a los habitantes empujándose: aquellos cuyas espaldas ya daban al vacío luchaban sonámbulos para entrar. El joven y la muchacha miraban sacudiéndose el polvo de las ropas. En ese momento el reloj de la torre sonó lejos, tranquilo... El reloj de la iglesia se lanzó más potente, mezclándose con la delicadeza de las otras horas. Lucrecia se inquietó. Poco después el teniente apenas podía seguirla, la joven iba delante casi corriendo. El principal acontecimiento de la noche de S. Geraldo no había sido ni siquiera anunciado, la pequeña ciudad estaba todavía milagrosamente entera. Felipe se reía irritado: ¡No corras, chica!, doblaron la esquina y se encontraron en la plaza de piedra. La torre del reloj aún vibraba.

La plaza estaba desnuda. Tan irreconocible bajo la luz de la luna que la joven no se reconocía. También Felipe se paró aliviado: ¡Malditos!, exclamó, empujando el quepis hacia atrás. El sábado era la noche de varios mundos; el teniente tosió transmitiéndoles sucesivamente la voz sin palabras. Las ventanas se estremecieron con el relincho. No soplaban ningún viento. A pesar de la luz, la esta-

tua del caballo en tinieblas. Se veía, un poco más nítida, la punta de la espada del caballero suspendiendo un fulgor parado. El resplandor de la luna imprimía mil puertas mudas en las puertas y la plaza se había quedado pasmada en la postura torcida en que había sido sorprendida. Era el mismo frío reconocimiento de cuando se oía el clarinete de un ciego... Las losas casi reveladas, apenas se las podía tocar con los botines. La joven dio incluso dos palmadas... que se dividieron inmediatamente en una salva sorda; toda la plaza aplaudía. En menos de un segundo los aplausos se dispersaron y uno u otro fueron a extinguirse en los recodos indeterminados por la oscuridad. La joven escuchó un poco hostil, sus dos manos calaron con decisión el sombrero en la cabeza. Se despidió de Felipe diciéndole que no convenía que los viesen juntos.

Apenas había comenzado a caminar sola y ya se arrepentía, porque eso era lo que S. Geraldo quería. Andaba contenida, mecánica, intentando incluso una cierta ironía. Pero los pasos se multiplicaban y la plaza de piedra marchaba. Se interrumpió sin avisar, se ató los cordones del botín... Cuando levantó la cabeza decidió no dejar de mirar el edificio más estrecho, la menor sombra. Las tiendas cerradas con las persianas de hierro. Estaba siendo delicada con todos. Incluso toco esta farola, pensó más confiada. La farola estaba helada.

En unos instantes la música de la banda llegaba por el aire; el quiosco refulgía bajo las luces amarillas. Pero el sonido se retenía al margen de las calles desiertas. Lucrécia miró hacia arriba también, con alguna insolencia. Pero en cada ventana de la ciudad desierta un hombre se balanceaba en la sombra de las persianas venecianas; las venecianas oscilaban. La muchacha se estremecía de miedo de estar viva. Ciertas cosas daban la misma señal,

la falta de viento, un ciego tocando, la luna sobre la piedra... Se persignó rápidamente mientras un ratón gordo se doraba bajo la farola. Sonaron pasos secos. El soldado, disminuido por la distancia, apareció en una esquina y desapareció por otra... El sábado era la noche de los borrachos. Un papel temblaba en el suelo. Entonces ella empezó a correr antes de que todo empezase hasta alcanzar la puerta de la casa. Tocó el timbre largamente...

La estridencia inesperada del sonido atravesaba el espacio oscuro. La joven parecía haber tocado el timbre de otra ciudad. Esperó un momento. Pero después de haberse manifestado a través del timbre no se atrevía ya a estar de espaldas; empezó a golpear con los puños cerrados, el ratón corría tranquilo cerca de la carreta dormida; ella golpeaba y miraba al cielo. Las nubes transportadas parecían inmóviles y la luna pasaba... Ella golpeaba, golpeaba con los puños cerrados mirando al cielo, sus cabellos crecían de ingenuidad y de horror, cada vez era más peligroso, las casas en pie... Al final, desde lo alto de la escalera, tiraron de la cuerda de la cerradura. Con un crujido la puerta se entreabrió.

Entonces, de repente, las campanas se sacudieron como cristal, desde el quiosco de música se esparcieron sobre la ciudad, estallaron los fuegos artificiales. Las cosas se rompían por accidente casi antes de que ella se protegiera. Cerró fuertemente la puerta.

Poco a poco, en la oscuridad tranquilizadora, se abandonó. Todavía estaba erizada, cada punta recubierta de algo que no podría ser tocado, las columnas de la barandilla torcidas. También el tamaño de S. Geraldo se había ampliado y ella miró de abajo arriba la inmensa escalera que subía. Las campanas tocaban. Din, don, din, don, escuchó con atención. Imaginó que las calles se habían

iluminado con el tañer de las campanas... Ahora, la noche era de oro. Lucrécia Neves había escapado.

La buhardilla donde vivía estaba atravesada por cañerías de agua y por ventanas, lo que la hacía muy frágil; la joven subía los escalones que se estremecían con las últimas vibraciones de las campanas.

El pueblo de S. Geraldo, en 192..., ya mezclaba con el olor a establo algún progreso. Cuantas más fábricas se abrían en los alrededores, más se levantaba el pueblo con vida propia sin que sus habitantes pudiesen decir que la transformación les alcanzaba. Los movimientos ya se habían congestionado y no se podía atravesar una calle sin tener que sortear una carreta tirada por lentos caballos mientras un automóvil impaciente tocaba la bocina detrás lanzando una humareda. Hasta los crepúsculos eran ahora desvaídos y sanguinolentos. Por la mañana, entre los camiones que pedían paso para la nueva fábrica, transportando madera y hierro, las cestas de pescado, traídas por la noche de centros mayores, se esparcían por la calzada. De las buhardillas bajaban mujeres despeinadas con cazuelas, los peces eran pesados casi en la mano mientras los vendedores en mangas de camisa voceaban el precio. Y cuando sobre el alegre movimiento de la mañana soplaba el viento fresco y perturbador, se diría que la población entera se preparaba para embarcar.

Al ponerse el sol los gallos invisibles aún cantaban. Y, mezclándose todavía con el polvo metálico de las fábricas, el olor de las vacas nutría el atardecer. Pero de noche, con las calles repentinamente desiertas, ya se respiraba el silencio como desasosiego, como en una ciudad; y en la luz temblorosa de las casas todos parecían estar

sentados. Las noches olían a estiércol y eran frescas. A veces llovía.

La tumultuosa vida de la calle del Mercado estaba fuera de lugar en aquel ambiente donde un gusto rancio reinaba en los balcones de hierro forjado, en las fachadas lisas de las buhardillas y en la iglesia cuya arquitectura modesta se levantaba en el antiguo silencio. Lentamente, sin embargo, la plaza de piedra se perdió entre los gritos con que los carreteros imitaban a los animales para hablar con ellos. Por la necesidad cada vez más urgente de transporte, grupos de caballos habían invadido el barrio, y en los niños aún agrestes nacía el secreto deseo de galopar. Incluso un bayo joven había dado una coz mortal a un niño. Y el lugar donde el niño audaz había muerto era mirado por la gente con una censura que en realidad no sabían a quién dirigir.

Con las cestas en los brazos ellas se paraban a observar.

Hasta que un periódico se enteró del caso y se leyó con cierto orgullo una nota —donde no faltaba ironía sobre la lentitud con que una serie de pueblos se civilizaban— con el título de «El crimen del caballo en un pueblo».

Este era el primer nombre claro en S. Geraldo y, una vez que por fin había sido llamado, los moradores miraban con rencor y admiración a los grandes animales que invadían al trote la ciudad llana. Y que de repente se detenían con un largo relincho, las patas sobre las ruinas, aspirando con las narinas salvajes, como si hubiesen conocido otra época en la sangre.

Pero a las dos de la tarde las calles estaban secas y casi desiertas, el sol en vez de revelar las cosas las ocultaba en luz; las calles se prolongaban indefinidamente y S. Geraldo se convertía en una gran ciudad. Tres mujeres

de piedra aguantaban la fachada de un edificio moderno que unos andamios todavía obstruían; era el único lugar en sombra. Un hombre se había apostado debajo. ¡Ah!, decía un ave cortando oblicuamente la intensa luz. En respuesta, las tres mujeres aguantaban el edificio. ¡Ah!, gritaba el pájaro distanciándose sobre los tejados. Un perro olisqueaba las alcantarillas iluminadas. Hombres espaciados, jugadores de sombrero de paja y palillo en la boca, espían. De la carbonería Coroa de Ferro salió una cara negra de ojos blancos. Lucrecia Neves metió la cabeza en la frescura de la carbonería; espía un poco. Cuando la retiró allí estaba la calzada... Qué realidad veía la joven. Cada cosa. Pero de repente, en el silencio del sol, una pareja de caballos salió de una esquina. Durante un momento se inmovilizó con las patas en alto. Las bocas fulgurando.

Todos miraron desde sus lugares, duros, separados.

Pasada la ofuscación de su llegada los caballos curvaron el pescuezo, bajaron las patas. Los vagabundos con sus sombreros de paja se movieron rápidamente, una ventana golpeó. Reactivada, Lucrecia entró en el almacén.

Cuando salió con los paquetes las calles ya se habían transformado. En vez del vacío del sol, cada cosa se movía buscando sus propias formas utilizando las menores sombras. El barrio era ahora insignificante y minucioso; se había iniciado la tarde. Donde había agua, la brisa la ondulaba. Una persiana metálica subió con una primera estridencia y se reveló la casa de quincallería, la tienda de las cosas. Cuanto más viejo un objeto más se desvanecía. La forma olvidada durante su uso se erguía ahora en el escaparate para incomprensión de los ojos; y así espía la muchacha, codiciando la cajita de cerámica rosada.

Había dos flores pintadas sobre la tapa.

Hasta que la sombra de la manguera se alargó sobre la calzada. Llegada a este punto la tarde fue inmutable. Algunas personas pensaron en un picnic. Pero no lo hicieron: una se quedó de pie en una esquina, otra miraba a través del visillo de una ventana, otra volvía a contar los puntos de la labor de ganchillo.

Ese mismo día, cuando el sol ya se ponía, el oro se esparció por las nubes y por las piedras. Los rostros de los habitantes se doraron como armaduras y así brillaban los cabellos sueltos. Las fábricas polvorientas pitaban continuamente, la rueda de una carreta tenía aureola. En ese oro pálido entre la brisa había una ascensión de espada desenvainada; así se erguía la estatua de la plaza. Pasando por las calles más leves los hombres bajo la luz parecían venir del horizonte y no del trabajo. El barrio de carbón y hierro se transportaba a lo alto de una colina, las ramas de los almendros se balanceaban. Caballos, la tierra negra y el estanque seco de la plaza habían prestado cierta arrogancia a los moradores de S. Geraldo. Y una audacia que recordaba a la cólera sin ira. Los hombres se decían mucho unos a otros: ¿Qué pasa? ¿No me has visto nunca? Era normal que tuvieran los ojos grises y brillantes como monedas de plata.

El domingo por la mañana el aire olía a acero y los perros ladraban a los que salían de misa. Y por la tarde, en las primeras angustias de un domingo de ciudad, la gente, muy lavada en la calle, espiaba hacia arriba: en un ático alguien practicaba con el saxofón. Escuchaban. Como en una ciudad ya no sabían adónde ir.

A pesar del progreso el pueblo conservaba lugares casi desiertos, ya en la frontera con el campo. Esos lugares rápidamente tomaron el nombre de «paseos». Y también había personas que, invisibles en la vida pasada, adqui-

rían ahora cierta importancia solo por negarse a los nuevos tiempos. La vieja Efigênia vivía a una hora de la Canceleda. Cuando murió su marido continuó manteniendo el pequeño corral, sin querer mezclarse con el pecado naciente. Y aunque solo iba a la calle del Mercado para dejar las cántaras de leche, se había convertido un poco en la dueña de S. Geraldo. Se paraba junto a una tienda, con la mirada seca que parecía que no necesitase ver, le preguntaban riendo tímidamente cómo iban las cosas, como si ella pudiese saber más que los demás. Porque de la propia modernización de S. Geraldo había nacido un tímido deseo de espiritualidad, del cual la A. J. F. S. G. era uno de los resultados. Cuando Efigênia decía que se había despertado de madrugada lanzaba una gran inquietud sobre los comerciantes que, en su calidad de jefes, ya empezaban a decir: S. Geraldo necesita una dirección. Aunque la vida espiritual que vagamente atribuían a Efigênia se resumiese después de todo en el hecho de que ella no afirmaba ni negaba, en que no participaba ni siquiera de sí misma, hasta tal punto llegaba su austeridad. A ser callada y dura como les sucedía a las personas que nunca habían necesitado pensar. Mientras en S. Geraldo se empezaba a hablar mucho.

En esa época de brisa e indecisión, en ese momento de la ciudad apenas erguida, cuando el viento es presagio y la luz de la luna horroriza porque es una señal, en el descampado de esta nueva era nació y murió la Asociación de la Juventud Femenina de S. Geraldo. Desde su inicio dedicado a la caridad, el grupo, fustigado por los motores de los talleres, interrumpido por el tráfico de los caballos y por el repentino silbato de las fábricas, pasó inesperadamente a tener su propio himno y, en un giro que asustó incluso a las socias, su fin era ahora el de ennoblecer las cosas bellas. La Asociación se habría limi-

tado tal vez a la organización de tómbolas y recreos si no hubiera sido por Cristina, que encendió un fuego vacío y destinado al vacío, donde se consumirían las socias en nombre del alma que debe progresar. Poco a poco las jóvenes se reunían con un ardor en realidad ya sin causa. Por la tarde se veía entrar en la casa de reunión grupos apresurados de muchachas bajitas, de caderas bajas y cabello largo, un tipo femenino de aquella zona. En nombre de una esperanza que asustaba se incitaban y se manifestaban en el himno que hablaba con violencia apenas contenida de la alegría de las flores, del domingo y del bien. Ellas tenían miedo de la ciudad que nacía. En el domingo cantado cosían, se interrumpían al mediodía, sofocadas, pasándose la mano por los labios que el bozo oscurecía; se acostaban pronto. Y en la gran noche de S. Geraldo sucedía por fin algo cuyo sentido confuso y polvoriento intentaban en vano cantar de día con la boca abierta. Escuchando en el sueño, revolviéndose, llamadas sin poder ir, perturbadas por la importancia insustituible que tiene cada cosa y cada ser en una ciudad que nace. Pero Cristina las instigaría en la reunión siguiente. Bastaba su presencia para agitar al grupo y, poco después, entre proyectos de pureza y amor al alma, sin que en la sombría sala de reunión una palabra más clara pudiese ser pronunciada, todas estaban excitadas por el camino del bien: Cristina es nuestra vanguardista, decían sonrientes. Era un disimulado intento del espíritu por el lado por donde este menos lo esperaba. Mientras, Cristina establecía con la facilidad de la inteligencia nuevos principios: La vida que se lleva por dentro no es la vida terrena, decía, el sacrificio de la carne es realizarse como carne, decía. Las fábricas silbaban anunciando el fin del trabajo. Poco después también se oyó bajar las persianas de hierro de las tiendas, pero a